GILLETTE & L'ORÉAL,

WOMEN USA

VOL. III

Kentucky • Louisiana • Maine • Maryland
Massachusetts • Michigan • Minnesota • Mississippi



FERDINANDO FREGA

GILLETTE & L'ORÉAL, WOMEN USA — VOL. III

L'ORÉAL THROUGH GILLETTE · 08

Kentucky, Louisiana, Maine, Maryland, Massachusetts, Michigan, Minnesota, Mississippi. El tercer tramo de la travesía americana, del valle del Ohio al delta.

Capítulo Cero — apertura común

Este capítulo de apertura es común a los seis volúmenes de Women of the United States. Se reproduce aquí íntegro, y plegado, para que la serie pueda leerse en secuencia sin repeticiones.

CAPÍTULO CERO

Aquí el mundo no es un territorio: es un límite. El Polo Norte no acoge, no perdona, no deja margen al error. El blanco reina como una entidad absoluta, silenciosa y sin memoria. La temperatura no es un dato meteorológico: es un depredador. La noche dura meses, aplasta los pensamientos, deforma los contornos de las personas, se traga su voluntad.

Las comunidades son pocas, pequeñas y cerradas. Inuit, yupik, pueblos árticos viven donde nadie elegiría quedarse. Aquí cada individuo es esencial para la supervivencia del grupo. Si no eres útil, te conviertes en una carga. Y quien se convierte en una carga desaparece en el silencio, en la nieve, en la lógica de un entorno que no hace concesiones.

Las bases científicas añaden otro tipo de frío: el de las jerarquías. Aquí una mujer es una presencia rara, una anomalía que debe adaptarse o sucumbir.

En este lugar el concepto de «desaparición» no existe. Solo existe el blanco que lo borra todo.

Mujeres inuit y yupik

La niña ártica no es mimada: es preparada. Aprende pronto a resistir el frío, la oscuridad y el hambre. Debe volverse útil para el clan, porque aquí la identidad no es personal. Es funcional. La mujer carga con el peso de la familia y de la comunidad: comida, fuego, hijos, pieles, cuidados. Nadie habla de derechos. Nadie habla de fragilidad. La depresión existe, pero no tiene nombre. La violencia existe, pero no tiene testigos.

La mujer de las bases científicas

Instruida, competente, acostumbrada a la disciplina. Llega como investigadora, técnica, médica. Descubre enseguida que el Polo Norte no reconoce títulos. Aquí solo cuenta la dureza mental. Las jerarquías masculinas la dominan, y cualquier señal de debilidad se interpreta como debilidad. Es un entorno donde la fuerza no basta: hace falta un autocontrol extremo.

La mujer occidental «de fuera»

Criada en libertad, llega convencida de que puede conquistar el frío. Pero el lugar la quiebra: soledad, espacios minúsculos, silencios interminables. Las bases no son comunidades, son mecanismos. Y una mujer, dentro de un mecanismo diseñado por hombres, tiene que luchar para no desaparecer.

El viaje al confín del mundo

Mi vecino, Antonio, al que todos llamaban Nino, llevaba años hablando del Cabo Norte, del sol de medianoche, de los meses sin oscuridad. Era un sueño que guardaba en el bolsillo, como algo imposible. Una mañana de mayo toqué su timbre y le dije solo esto: «Haz la maleta. Vuelvo dentro de una hora. Regresamos en 30 días». Me miró sorprendido, feliz. Su mujer, preocupada, preguntó cuáles eran nuestros planes. «Perseguir un sueño», respondí.

Subimos al coche. Nuestras mujeres nos miraban como si estuviéramos locos. Pero aquel viaje era real. Nino ya estaba lleno de preguntas. «¿Adónde vamos? ¿Cuánto dinero tengo que llevar?». «Tranquilo», le dije. «Llegamos en 54 horas. Solo 5.000 km. Vamos en el Range Rover nuevo. Disfruta del viaje».

Cada 300 km tenía que parar: él, doce años mayor que yo, tenía su propio ritmo. Yo tenía agua y líquidos; él, café y necesidades físicas. Y cuanto más avanzábamos, más me hablaba de su vida. Cosas que nunca habría sabido si no hubiera sido por aquella carretera interminable.

Dos hombres solos en un coche hablando siempre de mujeres. Él solo había conocido a su mujer. Yo me reía. Lo tranquilicé: «Nosotros somos igual».

Me preguntó cómo conseguía no perder la cabeza conduciendo 60 horas. Le hablé de Rusia, cuando a los 22 años conduje 51 horas para encontrarme con una mujer a la que nunca había visto. «Las distancias no son límites», le dije, «son excusas. Yo nunca he tenido ninguna».

La llegada al blanco

Entramos en Noruega. Un albergue en la carretera. Allí dejaríamos el coche y seguiríamos en trineo.

La guía iba cubierta, impenetrable. Cuando se quitó las gafas, descubrí que era una mujer. Una noruega, silenciosa, directa, glacial. Nino en el centro del trineo, ella delante, yo con mis 190 cm detrás, cerrando la fila.

Todavía era de día. Mi reloj marcaba la hora, pero no me decía si era de noche o de mañana. Era el sol de medianoche. Habíamos llegado al Cabo Norte.

Nino lloró. Me abrazó. Le dije, riendo: «Cuidado… la gente va a pensar que somos gais». Nos reímos, pero estábamos en el confín del mundo.

Luego llegó la helada: –52 °C.

La entrada en el verdadero Ártico

Nos llevaron a un contenedor metálico para cambiarnos. Trajes acolchados pesadísimos, cerrados con cremalleras complicadas.

Pagué a la guía. A Nino lo dejaron en un iglú con unos hombres; a mí, en otro con una familia: un anciano, de entre 70 y 80 años, y tres mujeres de entre 30 y 50.

Era un mundo cerrado. Simple. Brutal.

El hombre se mantenía aparte. Las mujeres llevaban el ritmo. Y el baño era un montículo a cinco metros del iglú: la caca se congelaba antes de tocar el suelo. Mi primera meada se convirtió en una estrella ártica amarilla. Era el Norte que me saludaba.

La mujer de mediana edad, Magi, hablaba un poco de inglés. Lo demás eran gestos, ojos, manos. El idioma del frío.

Cuando no sabía bien cómo usar el traje, ella, sin pensarlo, me tocó la entrepierna para enseñarme una cremallera escondida. No había malicia, ni vergüenza: solo función. Supervivencia.

Los tres días en el iglú

Trajeron comida. Pescado ahumado, pescado crudo, hígado de bacalao, vientre de ballena. Y bolas de tiburón. No había elección. No había alternativa. Era lo que da la naturaleza.

Luego bebí: un líquido rojo. Pensé que era vino. Era sangre de ballena filtrada, hervida y endulzada. La bebí. Me dio una fuerza que nunca había sentido. Una energía primitiva. Pensé que era cocaína. No. Era el Norte entrando en el cuerpo.

Las mujeres me observaban. El anciano salía a cazar. Yo descansaba y bebía sangre. Tres días sin teléfono, sin internet, sin ordenador, sin Nino. Solo yo y ellas.

No había noche. Solo luz, fuego, hielo y aliento.

Las tres mujeres se tumbaron a dormir. Yo buscaba un sitio. La más joven levantó el brazo y me hizo señas para que me acercara. Estallaron en carcajadas. Yo no entendía. Dijeron que yo era su «Navidad».

Una manera de decir que me habían aceptado.

Intenté darles algo de dinero para darles las gracias. Lo rechazaron. Solo querían un abrazo. Y unas palabras en calabrés para sentirse más cerca.

Allí entendí el valor de los regalos verdaderos: los que no se pueden comprar ni vender.

La despedida de la guía

Al cabo de tres días llegó la guía. Habló con las tres mujeres durante una hora. Yo estaba fuera. No entendía lo que decían. No era asunto mío. Era su lengua, su mundo, su ley.

En el contenedor, mientras me desvestía, entró la guía. Curiosa. Directa. Nórdica. Me abrazó con fuerza. Me besó. Su piel era blanca como la leche. Sus ojos, azules como el cielo de agosto.

Me pidió que me la llevara. Habría hecho cualquier cosa por salir de aquel mundo.

Sonreí con respeto. No podía. No debía.

Solo le dejé una promesa: «Si necesitas algo, escríbeme una carta. Te ayudaré». Rechazó incluso el dinero. Era una mujer hermosa, pero sola. Una soledad que no se ve de lejos. Una soledad que el frío no perdona.

El regreso a casa

Fuimos a recoger a Nino. Estaba entusiasmado. No quería volver. Pero yo tenía una cita con su mujer.

Les contó a todos sus tres días. Yo me callé. Nunca compartí nada con aquel hombre. Solo con el papel.

Y así, mientras Nino volvía a su mundo, yo ya iba camino de otro. Otro destino. Otro encuentro.

Bienvenido.

Epílogo

El Norte no te lleva: te cambia. Y nunca

te devuelve entero. Los hombres van al Polo Norte buscando luz, silencio, fotografías, sueños. Las mujeres se quedan para sobrevivir.

Los hombres cuentan lo que han visto. Las mujeres callan lo que han vivido.

Los hombres vuelven. Las mujeres se quedan. Se quedan en el frío, en casas de nieve, en silencios que nadie oye. Se quedan para sostener comunidades que no las celebran. Se quedan para proteger a niños, ancianos, extraños. Se quedan invisibles.

De allí solo me llevé un recuerdo: una mujer hermosa, increíblemente hermosa, pero sola. No en un sentido romántico. En un sentido humano. En un sentido trágico.

Reflexión

El Norte no mata el cuerpo. Mata la presencia. Y lo que queda es el blanco: un lugar donde las mujeres viven y desaparecen al mismo tiempo.

Por eso escribo. Porque los lugares extremos no cuentan su propia historia. Y quien los atraviesa no puede permitirse el lujo de quedarse callado.

Yo no. Yo no. Mi tierra me dio a luz, y el resto del mundo me acoge no como a un huésped, sino como a uno de la familia.

De la blancura absoluta del Norte descendí a la confusión absoluta de los Estados Unidos.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

El encargo imposible

Trabajar dieciocho años para una empresa americana te da algo que ninguna otra empresa del mundo puede darte: una cultura del trabajo, procedimientos, una misión clara y un sistema de valores que no son teoría: son práctica diaria. No te los explican; te los construyen. Y lo hacen sin pedirte permiso.

Estaba en la oficina de Nueva York cuando me ofrecieron un trabajo que nunca había imaginado. No un ascenso. No un traslado. Un experimento.

Un programa confidencial, creado para validar un modelo de relaciones humanas dentro de los Estados Unidos. No habían elegido a directivos, psicólogos ni formadores. Habían elegido a personas con cierto tipo de experiencia en el mundo real. Y salió mi nombre, aunque llevaba dieciocho años en ventas. No miraban el cargo: miraban la mente.

La prueba era sencilla de explicar y dificilísima de cumplir:

visitar los 50 estados americanos en un año, eligiendo yo mismo las ciudades y quedándome al menos una semana en cada una.

Las dos últimas semanas serían vacaciones obligatorias. Ellos cubrirían todos los gastos. Yo solo tenía que vivir, observar, entender y entregar un informe cada lunes. Un relato humano, seco, preciso.

Firmé el contrato. Avisé en casa. No preguntaron nada. Solo querían saber si había llegado la provisión del mes. Yo estaba a punto de enfrentarme a un año en América. Ellos, como siempre, se enfrentaban al mes siguiente.

Por si acaso, mi sueldo se ingresaba directamente en mi cuenta bancaria en Italia. Era una manera educada de decirme: «No hagas tonterías. Vive con lo que tienes. Veamos quién eres de verdad».

Solo quince años después tuve acceso a mis informes originales, a los análisis y al material que habían reunido sobre mí. De ahí nació este libro. Obtuve la autorización para publicarlo con una condición: no nombrar nunca a la empresa que lo encargó.

No importa. Esta historia no va de logotipos. Va de un hombre en un país imposible de entender si no lo vives en primera persona.

¿Empiezo por el punto más lejano?

La elección lógica era empezar por los márgenes, no por el centro. Por dos razones sencillas:

1. Venía fresco del experimento: lucidez alta, atención máxima.

2. Empezando por el extremo podía corregir el rumbo y terminar el viaje limpiamente.

No necesitaba empezar en Boston o en Chicago. Tenía que empezar en una frontera. En un lugar que fuera América solo sobre el papel.

Elegí Juneau, la capital de Alaska. Aislada. Solo se llega en barco o en avión. Una ciudad que no pertenece a nadie. El lugar perfecto para empezar.

Optimizar los recursos

Antes de partir hice lo que un americano respeta por encima de todo: me organicé como un profesional, no como un turista.

Llamé a tres de las aerolíneas más populares, las que tienen las mayores redes nacionales. En menos de una hora compré un talonario de cincuenta vuelos nacionales con un 60 % de descuento.

Sin límites de tiempo. Sin límites de días. Sin restricciones. Una sola condición: usarlos en un año.

Hice lo mismo con las cadenas hoteleras, Uber Taxis y las empresas de alquiler de coches, y luego preparé un calendario como es debido de las etapas, de los medios, pero no de los tiempos.

Estaba listo.

Fue mi primer éxito real. La primera señal de que sabía moverme. América premia a quien actúa, no a quien espera.

Cuando la empresa vio la operación, hizo lo que una cultura americana hace siempre: comprobó la fiabilidad.

¿Era capaz de gestionar un año de movimiento constante? ¿Era capaz de afrontar imprevistos, distancias y emergencias? ¿Era autónomo?

Por eso, antes de partir, resolví otro detalle crucial:

me aseguré de tener en la tarjeta de crédito un límite mensual de al menos 100.000 dólares.

No era para gastarlo. Era para demostrar que podíamos gestionarlo. Los americanos piensan así: si no tienes autonomía, no tienes libertad. Y si no tienes libertad, no se te puede evaluar.

A partir de ese momento el programa ya no fue un encargo. Fue una misión.

Y AHORA SÍ QUE VIAJAMOS

Alaska forma parte de los Estados Unidos solo por geografía. Es otro mundo.

Es el lugar donde las mujeres desaparecen sin dejar rastro. Donde una denuncia nunca llega a destino. Donde las ciudades no son más que islas civilizadas en medio de un continente salvaje.

Juneau fue mi primera prueba: una capital sin carreteras que la unan al resto del país. Un pedazo de América que no parece América.

Aquí empecé a entender algo: el viaje no sería geográfico. Sería humano.

BLOQUE 1 (Volumen I)

Alabama – Alaska – Arizona – Arkansas – California – Colorado – Connecticut – Delaware – Florida – Georgia

BLOQUE 2 (Volumen II)

Hawaii – Idaho – Illinois – Indiana – Iowa – Kansas – Kentucky – Louisiana – Maine – Maryland

BLOQUE 3 (Volumen III)

Massachusetts – Michigan – Minnesota – Mississippi – Missouri – Montana – Nebraska – Nevada – New Hampshire – New Jersey – New Mexico

BLOQUE 4 (Volumen IV)

New York – Washington

BLOQUE 5 (Volumen V)

North Carolina – North Dakota – Ohio – Oklahoma – Oregon – Pennsylvania – Rhode Island – South Carolina

BLOQUE 6 (Volumen VI)

South Dakota – Tennessee – Texas – Utah – Vermont – Virginia – West Virginia – Wisconsin – Wyoming

KENTUCKY

Kentucky es un estado que existe en dos dimensiones: la superficie está hecha de minas de carbón, whiskey, caballos y colinas verdes; las profundidades, en cambio, están hechas de pobreza antigua, comunidades aisladas, religión rígida y oportunidades escasas.

Es una tierra que ya no es rural, pero todavía no es moderna. Suspendida. Lenta. Cansada. Y cuando una tierra está suspendida, son las mujeres quienes la sostienen.

En Kentucky, una mujer no desaparece por un acontecimiento. Desaparece por una herencia social que desde hace generaciones le exige sacrificarse. Familia, hijos, trabajo precario, iglesia, vecinos, los problemas de los demás: todo está sobre sus hombros. Su ausencia no es ruido. Es peso.

La mujer de las antiguas zonas mineras – 41

años

El carbón construyó Kentucky y lo destruyó. Las minas cierran, los hombres pierden el trabajo, crece la dependencia de las sustancias químicas, la pobreza se extiende.

Aquí las mujeres sostienen las consecuencias. – maridos sin trabajo – hijos criados en la frustración – salarios bajísimos – sobredosis que golpean a amigas y parientes – comunidades exasperadas.

Trabajan en tiendas, escuelas, empresas de servicios y como asistentes. Hacen todo lo que los sistemas económicos rotos ya no hacen.

Su ausencia es social: si ella no fuera mujer, el estado se derrumbaría. Pero nadie se lo reconoce.

La mujer del Derby y de la cría de caballos – 36 años

Kentucky es famoso por sus caballos y por el Derby. Detrás de esa imagen elegante hay un ejército de mujeres que limpian establos, cuidan a los animales, hacen turnos al amanecer y trabajan por sueldos ridículos.

El glamour está delante. El sudor está detrás.

Su ausencia es económica: sin ella la industria no funciona, pero sigue siendo un engranaje ignorado por el público y por los políticos.

La mujer atrapada en la religión – 48 años.

En muchos condados de Kentucky, la iglesia tiene más poder que el estado.

Una mujer debe ser: – madre – esposa – figura moral – presencia respetable – obediente a la comunidad.

No puede salirse de su papel. No puede reinventarse. No puede expresar dudas ni fragilidad.

Su ausencia es cultural: no se pertenece a sí misma. Pertenece al relato religioso del lugar.

La mujer del trabajo mínimo – 29 años

Kentucky vive de trabajos mal pagados. Y esos trabajos son todos de mujeres.

Cajeras, camareras, limpiadoras, trabajadoras de residencias de ancianos, auxiliares escolares. Vidas consumidas por turnos precarios, gasolina cara, hijos que criar y cero perspectivas.

Su ausencia es económica y mental: no ve ninguna salida y nadie se la ofrece.

Epílogo – Kentucky

Kentucky es un mosaico de tradición, pobreza, religión y penurias. Las mujeres son su columna vertebral. Y precisamente por eso se vuelven invisibles.

Aquí la ausencia es una costumbre colectiva. Una forma de vida. Una normalidad equivocada que nunca se cuestiona.

Reflexión – Kentucky

Cada estado muestra una cara distinta de la ausencia. Kentucky muestra la que nace del derrumbe económico y de una tradición aferrada al pasado.

Aquí la mujer sostiene todo lo que los hombres han perdido, todo lo que la religión impone, todo lo que la pobreza vuelve permanente.

Es el eslabón fuerte, pero tratado como el eslabón débil.

Y precisamente por eso este estado es necesario en el volumen: para mostrar lo que ocurre cuando una sociedad lo deja todo sobre los hombros de las mujeres y después se comporta como si fuera normal.

LOUISIANA

Louisiana es un estado de contrastes feroces. Es cultura, música, historia, cocina, espiritualidad e identidad. Pero también es pobreza, inestabilidad, adicciones, desigualdad racial, huracanes devastadores, política desordenada y un sistema social frágil.

Es un lugar donde la belleza convive con la fealdad, sin equilibrio. Aquí todo tiene dos caras: Nueva Orleans es fiesta y trauma, Baton Rouge es política y decadencia, y las parroquias rurales son comunidad y aislamiento.

La mujer en Louisiana no desaparece por casualidad. Desaparece porque es la única figura estable en una tierra inestable. Y esa estabilidad la consume.

Su ausencia es el resultado de tres factores pesados: – una pobreza profundamente arraigada

– desastres ambientales cíclicos

– un patriarcado cultural duro.

Aquí las mujeres gobiernan familias, barrios, comunidades enteras. Y mientras todos los demás aparecen, ella se desvanece.

La mujer de Nueva Orleans – 35 años

Nueva Orleans es música, fiesta, caos e historia. Pero también es una de las ciudades más complejas y difíciles del país.

La mujer que trabaja aquí vive en tres frentes a la vez: – turismo depredador – violencia urbana – economía inestable

Trabaja en: – bares – hoteles – restaurantes – visitas turísticas – servicios públicos – música en directo – vida nocturna

Sonrisas obligatorias. Sueldos bajos. Alquileres altos. Clientes pesados. Horarios agotadores.

Su ausencia es moral: la ciudad usa su energía y se la devuelve agotada.

Todos quieren la «magia» de Nueva Orleans. Nadie paga a quienes la crean.

La mujer afroamericana de las parroquias pobres –

42 años Fuera de Nueva Orleans está la Louisiana rural y empobrecida. Casas pequeñas, escuelas débiles, servicios mínimos y sueldos ridículos. Aquí la mujer afroamericana desempeña tres papeles a la vez: – trabajadora – madre – pilar social de la comunidad.

Trabaja donde puede: – residencias de ancianos – tiendas de barrio – cocinas de comida rápida – limpieza – cuidados informales.

Sin ella, la comunidad no funciona. Y aun así vive con sueldos bajos, estrés crónico, poca asistencia sanitaria y la presencia constante de la violencia doméstica.

Su ausencia es histórica: desciende de la misma estructura que durante generaciones la ha colocado siempre en el último peldaño de la escala social.

La mujer que sobrevive a los huracanes – 39

años

En Louisiana no existe una vida «estable». Los huracanes lo cambian todo: casas destruidas, trabajos perdidos, familias separadas, recuerdos perdidos.

La mujer es la que: – evacúa a los hijos – protege los documentos – limpia la casa invadida por el agua – empieza de cero – gestiona pólizas de seguro que pagan tarde o nunca – mantiene la calma de la familia mientras por dentro se derrumba.

Para los hombres, la reconstrucción es física. Para las mujeres, es psicológica. Año tras año.

Su ausencia es ambiental: cada tormenta se lleva un trozo de su energía, hasta que casi no queda nada. Nadie le reembolsa esto.

La mujer de las tradiciones pesadas – 51 años

Louisiana vive de tradiciones fuertes, profundamente arraigadas, casi sagradas.

Una mujer debe ser: – la madre perfecta – una figura en casa – un pilar de la familia extensa – una presencia en la iglesia – la que cuida de los ancianos – una guía para los pequeños – la estructura que lo sostiene todo.

Es un papel antiguo, nunca actualizado.

No puede rechazar las peticiones de la familia. No puede replicar. No puede decir «no». No puede pensar en sí misma sin sentirse culpable.

Su ausencia es cultural y emocional: está tan ocupada sosteniendo a todos que desaparece de sí misma.

Epílogo – Louisiana

Louisiana es una mezcla de belleza y heridas sin curar. Y en medio de este caos cotidiano, las mujeres lo mantienen todo unido: familia, trabajo, comunidad, tradiciones, supervivencia emocional.

Su ausencia es una paradoja: cuanto más hacen, menos se las ve.

Louisiana no borra a las mujeres con una sola fuerza. Las borra con mil pequeñas fuerzas cotidianas: pobreza, huracanes, turismo, historia racial, papeles familiares, falta de apoyo.

Es un borrado lento, profundo, silencioso.

Reflexión – Louisiana

Cada estado muestra una forma distinta de ausencia. Louisiana muestra una causada por: – desastres naturales – desastres sociales – desastres familiares.

Es el estado donde la mujer sobrevive por todos, pero nadie sobrevive por ella.

Es el estado donde el trauma se vuelve rutina y la rutina se vuelve identidad.

Louisiana demuestra que la ausencia de las mujeres no es solo pobreza o falta de derechos. Es también un cansancio tan profundo que ya nadie lo nota.

Y por eso este capítulo es crucial: para recordar que detrás de cada postal de Nueva Orleans hay una mujer que sostiene algo que el mundo no puede ver.

MAINE

Maine es uno de los estados más bellos y agrestes de América. Bosques infinitos, costas frías, faros, pueblos pesqueros y un silencio inmenso. Es una tierra romántica solo para quien la visita. Para quien vive allí, es puro aislamiento.

La población es escasa, las distancias son largas, los inviernos duran meses, las oportunidades son pocas. Maine no te ataca: te consume.

Aquí las mujeres desaparecen por tres razones: – soledad geográfica – trabajos de temporada inestables – comunidades pequeñas que asfixian el cambio. Es un estado donde la naturaleza domina y el ser humano se adapta. Siempre. Demasiado.

La mujer de Maine no cae por un golpe. Cae por repetición.

La mujer de los pueblos pesqueros – 39 años

La costa de Maine vive de la pesca: langosta, bacalao, temporadas cortas y trabajo duro.

Aquí la mujer gestiona todo lo que el barco no hace: – coordinación – redes que arreglar – ventas – contabilidad familiar – familia – casa – emergencias repentinas.

El mar es bonito de lejos. De cerca, es un amo que no perdona.

Su ausencia es económica y física a la vez: vive en un sector donde las ganancias dependen del tiempo, de la temporada y de la suerte. Y cuando termina la temporada, termina también la seguridad.

La mujer que vive en el largo invierno – 52

años

Maine en invierno es un muro: nieve, hielo, oscuridad, silencios infinitos.

En el interior —Millinocket, Greenville, la región de los lagos— las mujeres se enfrentan a: – meses sin contacto social real– carreteras peligrosas– casas aisladas– poca asistencia sanitaria– depresión estacional generalizada– distancia de los servicios esenciales

Si está enferma, espera. Si necesita un médico, conduce durante horas. Si se derrumba emocionalmente, nadie la ve. Su ausencia es geográfica: desaparece porque está lejos de todo.

La mujer de los trabajos de temporada – 28 años

En verano, Maine explota: turismo, B&B, restaurantes, cruceros.

Aquí la mujer trabaja sin descanso: – sirve – limpia – cocina – recibe – gestiona – ordena.

Es un trabajo duro, mal pagado, inestable. Dura tres meses, y después nada.

Pasa de horarios intensos a semanas vacías. Del dinero que entra deprisa a meses de supervivencia.

Su ausencia es económica: vive siempre entre dos temporadas, pero no pertenece a ninguna.

La mujer de las comunidades pequeñas – 46 años

Los pueblos pequeños de Maine son comunidades cerradas: todos saben todo de todos, y nadie cambia nunca de verdad.

Aquí la mujer debe ser intachable: – madre – trabajadora estable – presencia fiable – «buena persona» según los códigos locales.

No puede reinventarse. No puede cambiar de trabajo con facilidad. No puede dejar la comunidad sin ser juzgada.

Su ausencia es cultural: pertenece al territorio más que a sí misma. Es prisionera no de la maldad, sino de la costumbre.

Epílogo – Maine

Maine es un estado que te observa en silencio. Y el silencio, cuando es demasiado, se convierte en una carga.

Aquí las mujeres desaparecen en las distancias, las temporadas, los papeles repetidos, los trabajos precarios, los pueblos cerrados, los inviernos largos.

La ausencia no es evidente. Está bajo la piel. Es algo de todos los días.

Maine no golpea. Te deja ir.

Reflexión – Maine

Cada estado revela una forma de ausencia. Maine revela la que nace de la geografía:

Cuanto más hermoso es el territorio, más dura es la vida de quien lo habita.

Aquí, a la mujer no la borra el conflicto, sino la quietud. La repetición. La distancia. El frío que nunca pasa. La vida que se encoge.

Maine enseña una cosa: la ausencia femenina también puede ser un paisaje. Un mapa. Una estación que nunca termina.

Y por eso este capítulo es necesario: porque Estados Unidos no es solo violencia o caos. También es un silencio que consume.

MARYLAND

Maryland es un estado engañoso. Pequeño, asomado al Atlántico, cerca de Washington. Elegante por fuera, complejo por dentro.

Es un territorio partido en dos: – suburbios ricos, cultos, protegidos y ordenados – ciudades difíciles, pobres, marcadas por la delincuencia y el abandono.

Es uno de los estados con la renta media más alta de Estados Unidos y, al mismo tiempo, uno de los que tienen las desigualdades más evidentes.

Aquí las mujeres no desaparecen por una sola razón. Desaparecen por demasiados mundos a los que deben adaptarse: metrópolis, suburbios, política, sanidad, pobreza urbana, identidades raciales.

La ausencia de las mujeres en Maryland es múltiple.

Cambia según el código postal.

La mujer de Baltimore – 34 años

Baltimore es una de las ciudades más complicadas de Estados Unidos: pobreza arraigada, alta criminalidad, aislamiento social, servicios saturados y escuelas en riesgo.

Aquí las mujeres lo sostienen todo: – los hijos – el trabajo precario – los barrios peligrosos – un coste de vida prohibitivo – un transporte lento – la falta de protección real.

Trabaja donde puede: supermercados, clínicas, centros de asistencia, restaurantes de comida rápida, residencias de ancianos, limpieza. Su ausencia es urbana: la ciudad habla de «regeneración», pero nunca parte de su vida.

Es visible para el sistema solo cuando sirve como mano de obra. Desaparece cuando se trata de reconocer sus derechos.

La mujer de los suburbios ricos – 42 años

La parte rica de Maryland es perfecta: casas de película, ingresos altos, escuelas de élite, carreras ambiciosas, familias bien estructuradas.

Aquí la mujer desaparece por otra razón: la presión de la perfección.

Es un ambiente competitivo en el que el papel femenino debe ser impecable: – gestión total de la familia – imagen social de alto nivel – hijos perfectos – voluntariado obligatorio – un trabajo o una carrera paralela que nunca debe «hacer sombra» a la pareja.

Vive en un contexto que la quiere siempre presente, sin rendirse nunca, sin mostrar nunca cansancio.

Su ausencia es identitaria: la comunidad la considera un papel, no una persona.

La mujer afroamericana del Central

Corridor – 45 años Maryland tiene una de las comunidades afroamericanas más grandes e influyentes de Estados Unidos.

Aquí las mujeres son una fuerza motriz de la sociedad: – trabajan en la sanidad – trabajan en las escuelas – dirigen oficinas y administración pública – mantienen unidas familias numerosas – sostienen comunidades enteras. Pero vive con una doble carga: racial y de género.

Lo hace todo. Lo sostiene todo. Aparece en todas partes. Pero rara vez la escuchan.

Su ausencia es política: sostiene el Estado sin sentarse en las mesas donde se toman las decisiones.

La mujer que trabaja en la sanidad – 37 años

Maryland es uno de los estados con mayor número de trabajadoras sanitarias, gracias a su cercanía a Washington y a sus grandes hospitales regionales.

Aquí las mujeres viven dentro de un sistema que nunca deja de exigir: – turnos interminables – servicios saturados – emergencias repetidas – responsabilidades altísimas – poca protección psicológica – salarios que no compensan el impacto emocional.

Es la que cura a todos: ancianos, niños, enfermos crónicos, emergencias urbanas, desastres ambientales.

Su ausencia es operativa: es fundamental, pero su voz pesa extraordinariamente poco en las decisiones sanitarias.

Epílogo – Maryland

Maryland es un estado construido sobre contrastes marcados: riqueza extrema y pobreza extrema, política de alto nivel y barrios abandonados, carreras brillantes y empleos mínimos. Aquí las mujeres viven todas estas contradicciones a la vez. Cada zona de Maryland tiene una forma distinta de borrado: urbana, social, identitaria, racial y sanitaria.

Su ausencia es un resultado colectivo: el Estado funciona porque ellas resisten.

Y precisamente por eso no se las ve.

Reflexión – Maryland

Cada estado revela un relato con matices de la ausencia de las mujeres. Maryland revela el más complejo: las mujeres existen en todos los niveles sociales y, sin embargo, se las ignora justo donde el sistema toma forma.

Aquí las mujeres son: – la columna vertebral de los suburbios ricos– el motor de las comunidades negras– las que prestan la asistencia sanitaria– la supervivencia de los barrios pobres.

Y sin embargo, no se la reconoce como fuerza política, no se la pone en el centro de las estrategias, no se la protege.

En Maryland, la ausencia no es pobreza ni soledad. Es desproporción: las mujeres dan más de lo que el estado les devuelve.

Y por eso encuentra su lugar aquí, en el volumen.

MASSACHUSETTS

Massachusetts es uno de los estados más inteligentes de Estados Unidos. Universidades de élite, hospitales de primer nivel mundial, centros de investigación, tecnología e innovación. Desde fuera parece uno de los lugares más avanzados y «justos» del país: alta formación, ingresos altos, políticas modernas y servicios completos.

Pero la verdad es más compleja.

Massachusetts es un territorio de dos velocidades: – quienes pertenecen a los circuitos del conocimiento – quienes se quedan fuera de esas puertas.

Es un estado que habla de progreso, pero vive bajo una enorme presión cultural. Y esa presión aplasta poco a poco la presencia de las mujeres.

Aquí las mujeres no desaparecen por falta de lo que tienen. Desaparecen por exceso de expectativas: carrera, familia, estándares elevados, rendimiento constante, modelos sociales perfectos.

La ausencia de las mujeres en Massachusetts es moderna, culta, refinada… y devastadora.

La mujer de la universidad de élite – 33 años

Massachusetts es el corazón académico del planeta. El futuro del conocimiento se decide dentro de esos campus.

La investigadora entra con capacidades altísimas, pero se encuentra ante un sistema que exige:

– publicar sin parar – competir con colegas protegidos – dar conferencias, seminarios, grandes eventos – mantener una imagen siempre brillante – renunciar a la vida privada durante años

El contexto parece progresista, pero los puestos de poder siguen siendo masculinos. Quien investiga respira un aire de excelencia… y de desgaste.

Su ausencia es institucional: produce conocimiento, pero rara vez manda.

La mujer migrante de la limpieza y la restauración – 29 años

Fuera de sus campus de postal, Massachusetts vive del trabajo migrante: latinas, haitianas, brasileñas, caboverdianas, africanas.

Son ellas las que: – limpian las oficinas de la élite – cocinan en los restaurantes universitarios – hacen turnos en los hoteles – llevan las cocinas de los restaurantes de Boston – cuidan a los ancianos – se ocupan de los hijos de otros.

Vidas duras, sueldos bajos, alquileres por las nubes.

Su ausencia es económica y política: mantiene a flote la ciudad más culta de Estados Unidos sin que nadie la reconozca.

La mujer de las clínicas y los hospitales – 41 años

Massachusetts es el centro de la sanidad avanzada. Detrás de los grandes nombres hay miles de mujeres: enfermeras, técnicas, personal de planta, auxiliares y personal de apoyo.

Turnos imposibles. Estrés constante. Responsabilidades enormes. Pacientes difíciles. Un coste de vida altísimo. Poco descanso.

Su ausencia es operativa: es el motor de la mejor sanidad de Estados Unidos, pero el sistema no la ve como persona: solo como función.

La mujer de los barrios difíciles – 35 años

Más allá de los campus y los suburbios acomodados, Massachusetts tiene una pobreza real, dura, invisible para los medios.

La mujer que vive aquí se enfrenta a: – alquileres inasequibles – escuelas frágiles – violencia generalizada – servicios insuficientes – transporte precario – empleos mal pagados – discriminación racial estructural.

Es una superviviente de todos los días.

Su ausencia es urbana: no encaja en el relato «perfecto» de Massachusetts, así que el sistema la ignora.

Epílogo – Massachusetts

Este estado es una paradoja evidente: cuanto más culto es, más espera que las mujeres lo gestionen todo.

Aquí la ausencia no es ignorancia. Es hiperexcelencia. Es la convicción de que, en un territorio evolucionado, «todo irá bien».

No todo va bien.

Las mujeres cargan con pesos enormes e invisibles: académicos, sanitarios, familiares, económicos.

Massachusetts funciona porque ellas trabajan. Y precisamente por eso desaparecen.

Reflexión – Massachusetts

Cada estado muestra una herida distinta. Massachusetts muestra la que se esconde bajo su cultura.

Aquí a las mujeres no se las borra porque les falten oportunidades. Se las borra porque tienen demasiadas, y nadie las protege mientras las afrontan.

Es un borrado moderno: no violento, no ruidoso, no evidente. Pero total.

Y por eso Massachusetts es un capítulo necesario: para recordar que el progreso no basta si no libera de verdad a quienes lo sostienen.

MICHIGAN

Michigan es el esqueleto de la América industrial. El estado que creó el automóvil, que construyó la idea misma de la clase obrera estadounidense... y que lo ha visto todo derrumbarse. Fábricas cerradas, ciudades vaciadas, barrios abandonados, agua contaminada, adicciones, infraestructuras envejecidas, salarios reducidos.

Es un estado que ha vivido auge, declive y resistencia. Y a lo largo de todo ello, las mujeres han soportado lo que los hombres ya no podían sostener.

Michigan no aniquila a las mujeres de golpe. Las consume, día tras día, a través de tres fuerzas: – la industria que se derrumba – las ciudades que se vacían – los problemas ambientales que lo envenenan todo. Aquí la ausencia de las mujeres es el resultado de una economía rota que sigue exigiendo sin dar casi nada.

La mujer de Detroit – 38 años

Detroit es el símbolo mundial del colapso industrial. Barrios vacíos, casas abandonadas, servicios frágiles, escuelas sin fondos y una pobreza histórica.

Aquí las mujeres viven con: – empleos precarios – transporte poco fiable – violencia generalizada – costes prohibitivos – falta de redes sociales sólidas – responsabilidades familiares totales.

Trabaja donde encuentra trabajo: supermercados, clínicas, centros de llamadas, restaurantes, cooperativas locales.

Su ausencia es urbana: una ciudad famosa en todo el mundo, pero que no mira a quienes la mantienen en pie.

Detroit celebra su historia industrial. No celebra a las mujeres que sobrevivieron a su fracaso.

La mujer de Flint – 34 años

Flint es una herida nacional. Agua envenenada durante años, niños intoxicados, familias traicionadas por el estado.

Aquí la mujer vivió el escándalo en carne propia: – cocinó con agua tóxica – lavó a sus hijos con agua peligrosa – luchó contra instituciones que negaban la evidencia – llevó casas con enormes problemas sanitarios – tuvo que elegir entre pagar las facturas o comprar agua embotellada. Su ausencia es ambiental: el Estado ha fallado, y ella ha pagado el precio.

Flint no es solo una tragedia. Es un ejemplo de lo poco que importa en Estados Unidos la vida de una mujer pobre.

La mujer de las ex-fábricas – 46 años

Hubo un tiempo en que las fábricas de Michigan daban estabilidad: salarios justos, una casa, una familia, un futuro.

Después todo se derrumbó: deslocalización, robotización, cierres, despidos masivos.

Aquí las mujeres tuvieron que reinventarse deprisa: – supermercados – asistencia – limpieza – pequeños servicios – empleos a tiempo parcial – turnos partidos.

De la industria pesada a la precariedad cotidiana.

Su ausencia es económica: ha perdido la seguridad, ha perdido las perspectivas, ha perdido la protección que tenía cuando el automóvil dominaba el mundo.

La mujer rural – 50 años

El Michigan rural es inmenso: regiones de lagos, bosques, comunidades aisladas, pueblos pequeños y lentos.

Aquí la mujer se enfrenta a: – inviernos duros – adicciones que golpean a maridos e hijos – una sanidad lejana – trabajos de temporada – soledad – un transporte casi inexistente.

Es una vida de adaptación constante. Sin apoyo, sin crecimiento, sin redes sólidas. Su ausencia es geográfica: desaparece en los kilómetros, en el silencio, en la rutina de la supervivencia.

Epílogo – Michigan

Michigan es un estado que lleva las cicatrices del pasado y las consecuencias del presente.

Las mujeres resisten: Detroit, Flint, las zonas rurales, las antiguas fábricas, los barrios difíciles, las familias que aguantan.

Pero mientras resisten, desaparecen: – entre infraestructuras que se derrumban – entre aguas contaminadas – entre empleos precarios – entre ciudades medio vacías – entre economías fallidas.

Michigan celebra su pasado glorioso. Las mujeres pagan el presente.

Reflexión – Michigan

Cada estado muestra una forma distinta de ausencia. Michigan muestra la que causa la fragilidad de las estructuras: cuando cae la fábrica, cae la comunidad. Y cuando cae la comunidad, es la mujer la que se queda en pie… sola.

Aquí la ausencia de las mujeres es el resultado de una vida entera dedicada a tapar agujeros: trabajo, hijos, vivienda, crisis económicas, desastres ambientales, recortes en los servicios y violencia urbana.

Es la América que ya no funciona y que espera que las mujeres funcionen de todos modos. Y por eso este capítulo es crucial.

MINNESOTA

Minnesota es un estado que gusta a todos: lagos, naturaleza, orden, educación, civismo, inviernos largos y una vida «tranquila». Eso es lo que se ve desde fuera.

Desde dentro es distinto. Es un estado que vive medio año bajo temperaturas heladas, con comunidades que parecen abiertas pero en realidad son muy cerradas, con ciudades que se venden como progresistas pero esconden tensiones raciales profundas, con un sistema social que solo funciona mientras tú funcionas... y las mujeres siempre funcionan.

Aquí la mujer no desaparece en el caos. Desaparece en la corrección aparente. En el silencio. En la frialdad. En las expectativas «amables» que la aplastan más que la violencia explícita.

Minnesota no ataca. Consume.

La mujer de los barrios de inmigrantes – 32 años

Minnesota tiene una de las comunidades inmigrantes más grandes y visibles de Estados Unidos: somalíes, hmong, etíopes y latinos. Y las mujeres están en el corazón de estas comunidades.

Viven entre dos mundos: – su cultura de origen – el sistema estadounidense, rígido y caro. Trabajan como: – auxiliares sanitarias – limpiadoras – trabajadoras de la restauración – niñeras – conductoras – mediadoras culturales.

Hablan dos idiomas, crían a sus hijos y sostienen familias numerosas. Sin parar.

Su ausencia es cultural y económica: son la fuerza motriz de las comunidades, pero la sociedad las trata como una presencia de servicio.

Son visibles como números, invisibles como personas.

La mujer que trabaja en lo social – 38 años

Minnesota invierte mucho en servicios sociales. Pero quienes hacen el trabajo real son siempre mujeres: en centros familiares, proyectos educativos, refugios y centros públicos.

Las llaman «ángeles sociales». Son trabajadoras mal pagadas y sobrecargadas.

Historias duras que sostener, emergencias constantes, personas a las que ayudar sin herramientas adecuadas, una gestión emocional continua.

Su ausencia es profesional: sostienen la parte más frágil de la sociedad, pero el sistema no es capaz de sostenerlas a ellas.

La mujer de los inviernos largos – 50 años

Minnesota en invierno es como otro planeta: meses de nieve, carreteras heladas, aislamiento forzoso. En las zonas del interior y en los pueblos pequeños, las mujeres viven: – a kilómetros de todo – con poca asistencia sanitaria – en una rutina monótona – con

problemas domésticos sin redes de apoyo – con un invierno que se les mete incluso en la cabeza.

Cuando estás lejos, estás sola. Y cuando estás sola en Minnesota, nadie lo ve.

Su ausencia es geográfica: desaparece en la nieve, en la distancia, en el silencio.

Sectores esenciales – 40 años

Minnesota es un estado que se apoya en tres pilares: – la sanidad – la educación – la distribución de alimentos.

Tres sectores dominados por mujeres. Turnos largos, niveles elevados de responsabilidad, falta de personal y estrés constante.

Son ellas las que mantienen el estado en marcha cuando las temperaturas bajan a -25. Son ellas las que no pueden faltar, aunque estén enfermas.

Su ausencia es operativa: no pueden detenerse, pero nadie construye un sistema que las proteja.

Epílogo – Minnesota

Minnesota es un estado frío por fuera y cálido por fuera. Las mujeres lo mantienen todo en equilibrio: comunidades inmigrantes, servicios sociales, sanidad, escuelas y familias aisladas.

Su ausencia está hecha de tres elementos: – el hielo – el silencio – la responsabilidad sin reconocimiento. No hay caos, no hay ruido, no hay violencia espectacular. Solo hay una calma que consume.

Reflexión – Minnesota

Cada estado muestra su propia forma de ausencia. Minnesota muestra la más «educada»: el borrado a través de una amabilidad aparente.

Aquí no te gritan. No te obstaculizan abiertamente. No te atacan.

Simplemente te dejan funcionar sola. Y tú siempre tienes que funcionar.

Minnesota es el estado donde las mujeres se vuelven invisibles no porque sean débiles, sino porque son demasiado fuertes para que alguien las ayude.

Y por eso este capítulo es crucial: para mostrar que incluso los estados «buenos» tienen ausencias importantes.

MISSISSIPPI

Mississippi es el corazón del Sur más profundo. Es un estado que todavía carga con el peso de su historia: esclavitud, pobreza arraigada, segregación, falta de servicios, infraestructuras mínimas, una educación sin fondos.

Es uno de los lugares donde nacer mujer significa partir con tres obstáculos: – la pobreza heredada – unos roles familiares rígidos – un estado que no da nada. Aquí las mujeres no desaparecen por un acontecimiento. Desaparecen porque viven en una sociedad que nunca se pensó para protegerlas.

La ausencia de las mujeres en Mississippi es total: económica, cultural, sanitaria, política, racial.

Es el estado donde las mujeres lo sostienen todo y no reciben nada.

La mujer afroamericana del Delta – 40 años

El Delta del Mississippi es uno de los lugares más pobres de Estados Unidos. Extraordinariamente rico en cultura, música e historia, y sin embargo devastado por el abandono político, la falta de servicios y una desigualdad enorme.

Aquí la mujer afroamericana es el eje de la comunidad: – cría a hijos y nietos – trabaja en escuelas frágiles – cuida de la familia – hace turnos en residencias de ancianos – limpia casas y edificios – sostiene el barrio entero.

Sin ella, el Delta se derrumbaría en un día.

Su ausencia es histórica y racial: el Estado nunca la ha puesto en el centro de nada. Lo da todo, no recibe nada.

La mujer de las zonas rurales más pobres – 48 años

El Mississippi rural es inmenso. Pueblos diminutos, casas aisladas, iglesias por todas partes y hospitales casi inexistentes.

La mujer vive: – a kilómetros de todo – con problemas crónicos de salud sin tratar – con un transporte mínimo – con trabajos de temporada o precarios – en casas viejas y difíciles de mantener – con una sensación de aislamiento que se convierte en forma de vida.

Si ocurre una emergencia, nadie llega a tiempo.

Su ausencia es geográfica: vive demasiado lejos para que la alcancen y es demasiado pobre para que la escuchen.

La mujer que trabaja en los servicios más bajos – 33 años

Mississippi es uno de los estados con los salarios más bajos del país. Y esos empleos, invariablemente, son para las mujeres.

Aquí la mujer trabaja en: – cadenas de bajo coste – supermercados de descuento – restaurantes de comida rápida – limpieza – cuidado informal de enfermos y ancianos – trabajos de niñera sin contrato.

Turnos duros, sin derechos, sin horarios estables. Trabaja mucho, gana poco y sobrevive.

Su ausencia es económica: sin su trabajo, Mississippi se detiene poco a poco, pero el estado la trata como si cualquiera pudiera sustituirla.

La mujer atrapada en la tradición religiosa – 55 años

En Mississippi la religión no es un factor. Es un sistema.

Aquí la mujer debe: – ser madre – ser devota – ser el apoyo de la familia – ser una figura moral – ser «fuerte» incluso cuando no lo es.

No puede separarse sin estigma. No puede cambiar de vida sin desatar juicios. No puede ponerse a sí misma por delante de su familia.

Su ausencia es cultural y emocional: la educaron para sostener a todos, pero nadie la sostiene a ella.

Epílogo – Mississippi

Mississippi es el estado que más tarda en cambiar. Y en esa lentitud, las mujeres se pierden.

Son ellas las que mantienen en marcha escuelas, tiendas, iglesias, familias y comunidades. Son ellas las que mantienen unido lo que el gobierno no es capaz de sostener.

Y sin embargo, desaparecen dentro de una estructura que nunca las considera centrales.

Aquí la ausencia no es un accidente. Es una tradición.

Reflexión – Mississippi

Cada estado muestra una forma de ausencia. Mississippi muestra la más antigua y la más cruel.

Aquí las mujeres no son solo invisibles. Se las da por sentadas. Se las considera un recurso natural: siempre disponibles, nunca protegidas.

Mississippi demuestra una verdad dura: cuando la historia no cambia, son las mujeres las que pagan el precio más alto.

Por eso este capítulo es uno de los más importantes del volumen: porque muestra lo que queda cuando el Estado abandona a generaciones enteras y espera que las mujeres las salven.

Ferdinando Frega